

CUANDO YO ERA NIÑO... Y AHORA SOY...

Manfred Max-Neef

Cuando yo era niño me daban al desayuno Cocoa Raff, para criarnos robustos nos debíamos tomar la Emulsión de Scott, los baños de la casa se limpiaban con Creolina, las guagua comían Alimento Meyer y los más grandes tomábamos Helados Haiskrim y Noel Smack. Los domingos tomábamos el tranvía, por cierto que en el acoplado que costaba un cinco, para ir a la matiné del Teatro Oriente y ver la serial de Flash Gordon en su lucha contra el perverso Emperador Ming. En lo que hoy es la convergencia de la Costanera con El Bosque y Vitacura, jugábamos a la pelota, y, más o menos cada 20 minutos alguien gritaba “paren que viene un auto”. Pasaba el auto y continuaba el partido. El Cerro San Luis estaba ahí para lanzarnos hacia abajo en unas tablas con ruedas que nosotros mismos fabricábamos. Con las carretillas de hilo de la abuela, un elástico y un clavito nos fabricábamos unos prodigiosos tanques capaces de ascender notables pendientes. Jugábamos al trompo, a los tres hoyitos y a la hachita y cuarta, en que las mejores bolitas eran las perillas de los catres de bronce, porque cuando se tiraban “se chantaban”. En la mañana muy temprano llegaba hasta la casa el carretón que repartía la Leche Delicias, y al poco rato llegaba el coche de caballos con el pan de la Panadería Suiza, y en algún momento de la tarde se escuchaba el pregón del “estiro somieres”. En el pupitre de la escuela teníamos un tintero y escribíamos con pluma fuente, y el profesor solía castigarnos con un reglazo. Si nos portábamos bien, nos llevaban un Miércoles a Gath y Chavez a tomar onces y gozar con los payasos.

Cuando yo era adolescente usábamos pantalones de golf (guardapeos los llamábamos) que era la transición para llegar a hombre. Los primeros pantalones largos eran motivo de una ceremonia familiar, y cuando salíamos a la calle sentíamos que todo el mundo nos estaba mirando. Y de allí en adelante, pololeábamos en el Parque Forestal y estudiábamos de noche alrededor del monumento a Balmaceda. Un poco mayores, iniciábamos las interminables tertulias en El Bosco, y cuando juntábamos plata llevábamos a la polola al Goyescas, y si el papá nos prestaba el auto, la llevábamos al Drive In Charles. Bailábamos boleros chic-to-chic, y nos entusiasmaba el mambo de Dámaso Pérez Prado. Hacíamos excursiones a la Casa de Piedra y al Abanico, y amábamos la naturaleza. Chile era un país modesto pero digno, y de mucho

encanto. En aquel entonces Santiago era una ciudad amable y tenía a su alrededor una bella cordillera. Se sentían realizadas las personas que tenían una Citroneta. Los huevos provenían de gallinas que vivían vida de gallinas, y cuando comíamos un durazno quedábamos impregnados de su aroma, y el jugo nos resbalaba por el codo. Las compras se hacían en el almacén de la esquina, y se anotaban en una libreta para pagar a fin de mes. Los almacenes más elegantes se llamaban Emporios de Ultramarinos, porque tenían productos importados. No existía la obsesión del crecimiento económico y el PIB no se había puesto de moda. Cuando las cosas andaban bien o andaban mal, uno se daba cuenta sin tener que recurrir a un arsenal de estadísticas. Los políticos se peleaban en el hemicycle, pero cuando abandonaban el edificio eran todos amigos. De jóvenes universitarios íbamos a la galería del Congreso a escuchar los debates. Eran debates brillantes entre oradores magistrales y de enorme ingenio, que discutían con pasión y con erudición temas de trascendencia. Eran simplemente políticos cultos. No había televisión, pero el radioteatro era la gran atracción. Mi padre y yo gozábamos juntos, después de la comida, los episodios del Monje Loco. Existía algo que en aquel entonces se llamaba vida de familia. Primos, tíos, abuelos eran una realidad tangible y cotidiana.

Ahora que soy candidato a viejo ¿qué puedo contar? Chile 2002: Email, celulares, malls, apuro, velocidad, estrés, trastornos mentales, nuevos ricos cultores del kitsch, violencia innecesaria, odio y descalificaciones políticas, televisión - salvo pocas excepciones - vulgar e idiotizante, ausencia de grandes ideas y de temas de trascendencia, obsesión con el crecimiento, desprecio por la naturaleza, comidas chatarra, alimentos transgénicos, duraznos bonitos sin gusto a durazno, gallinas de fábricas de gallinas, ausencia de vida familiar, espectaculares tecnologías con creciente desempleo, desconcierto, angustia y depresión. Jóvenes que, con razón, ya no creen. Imagen de futuro confusa y nebulosa y miedo de diseñar proyectos de vida.

No todo era bueno antes, ni todo es malo ahora. Sin embargo pienso que ahora hay menos posibilidades que antes, de alcanzar cuotas simples de felicidad. Quizás la gran diferencia radica en que antes la vida era más simple y hoy es más complicada. Si pregunto sobre el porqué del mundo actual que hemos construido, suelo escuchar como respuesta: “Son los costos del progreso”. No respondo a la respuesta, y me retiro a solas con otra pregunta: “Si progreso es lo que disminuye mi felicidad, ¿tiene sentido pagar un costo por ello?”